

REVISTA DE HISTORIA MODERNA

ISSN: 1989-9823

N.º 39, 2021, pp. 443-446

<https://doi.org/10.14198/RHM2021.39.15>

Cita bibliográfica: CEBREIRO ARES, Francisco, «Francisco Andújar Castillo, *El Atila de Madrid: La forja de un banquero en la crisis de la monarquía (1685-1715)*, Madrid, Marcial Pons, 2021», *Revista de Historia Moderna*, n.º 39 (2021), pp. 443-446, <https://doi.org/10.14198/RHM2021.39.15>



Francisco Andújar Castillo,
*El Atila de Madrid: La forja
de un banquero en la crisis de
la monarquía (1685-1715),*
Madrid, Marcial Pons, 2021,
344 p. ISBN:978-84-17945-48-0

FRANCISCO CEBREIRO ARES
Universidad de Sevilla

Es sorprendente que habiendo sido Castilla el nodo internacional de las mercancías y finanzas de esta «primera fase de la globalización» del Antiguo Régimen sigamos sabiendo tan

poco de los individuos que, como protagonistas, se hicieron acreedores de estas riquezas. Con las «excepciones» de Simón Ruiz (Felipe Ruiz Martín), los banqueros judeoconversos portugueses (Carmen Sanz Ayán) o las familias navarras (Santiago Aquerreta), la obra del profesor Andújar Castillo viene a solventar esta laguna desde el mirador privilegiado de Madrid durante el cambio de dinastía. La pieza que nos propone es el trazado de un perfil financiero: Juan Prieto de Haedo (1661-1715). El origen vasco del personaje nos podría llevar a enclavarlo en la línea de esa nueva interpretación de la *Hora Navarra*. Sin embargo, el caso particular no termina de encajar ni en los presupuestos interpretativos de esta historiografía, ni en las formas habituales de hacer Historia.

El propio autor, en la introducción, es reacio a clasificar la obra como una biografía al uso, y tampoco se coloca como parte de los postulados de la microhistoria: el objetivo es trazar el camino individual del ascenso a una gran fortuna, de los mecanismos de acumulación del capital vistos a escala personal.



Este trabajo está sujeto a una licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional Creative Commons (CC BY 4.0).

Los elementos heurísticos sobre los que el historiador lanza sus preguntas son esencialmente dos: en primer lugar, un volumen muy notable de fuentes notariales, las actividades registradas del banquero. Por otro, el análisis agudo de su expediente de hábito de Santiago. Ante la ausencia de un archivo privado, el resultado es una *narración ego-centrada* a caballo entre la *petit histoire* de un hombre, y la *grande histoire* de la villa de Madrid: del abasto de carnes al Motín de los Gatos de 1699, las críticas a Oropesa, la represión del *austracismo* o la caída del Marqués de Tolosa.

El periplo inicial de Juan Prieto de Haedo es común al del resto de navarros madrileños: familia con la capacidad de no depender del trabajo de su prole para su sustento, lo que permite darles una formación y encaminarlos a la corte bajo la protección de un familiar colocado (Pedro Campillos, capellán del marqués de Fresno). El capellán introducirá al joven bajo el patrocinio de una marquesa (doña Beatriz Fernández de Córdoba, marquesa de Casa Real de Córdoba), lo que parecía colocar al joven en la vía del servicio cortesano. El giro que inicia la historia particular, en los dos sentidos del término, de Juan Prieto es su decisión de cambiar a la marquesa por un *obligado* de carnes: Juan de Monasterio. De esta forma, el mundo de la provisión de carnes en régimen de monopolio –tanto para el ayuntamiento de Madrid como para diversas casas e instituciones– se convierte en la pista de despegue de esta riqueza personal.

Los elementos que asentaron el perfil de Juan de Haedo en la corte fueron, por un lado, el enriquecimiento monetario en el abasto de carnes –para lo cual pudo tener gran importancia no solo el volumen del negocio sino también la evolución de los precios y la política monetaria de finales de siglo– mientras que, por otro, el acceso a un hábito de Santiago podía granjearle un espacio social. Un aspecto que quizás no ha sido todavía muy explorado del acceso a las órdenes militares es que, además de un prestigio social y un capital relacional, podía dar acceso a un espacio monetario: tanto en la capacidad de prestar a personajes distinguidos, como de beneficiarse de contratos y oportunidades de negocio. Si bien, tal y como presenta detalladamente Francisco Andújar, las investigaciones sobre la obtención del hábito tenían importantes pliegues y detalles que ponían de manifiesto la conflictividad en los núcleos de origen de los investigados, el poder del nuevo dinero y los visos de cierta eficacia que tenía el propio proceso.

La historia de nuestro banquero tiene una clara cesura en los primeros años del siglo XVIII. Entre 1699 y 1704, el otrora tratante en grueso de ganados se convierte en caballero de Santiago y adquiere el puesto de contador mayor del Consejo de Órdenes. Estos dos movimientos acompañados dan a luz un nuevo perfil, el del banquero barroco español, enseñoreado entre arriendos

fiscales, el préstamo político y el mercado monetario madrileño. Una de las aportaciones más significativas de la obra consiste precisamente en abrir una ventana a este mundo del dinero madrileño, donde el descuento de *efectos de la Villa* –títulos de deuda municipal– acapara un vivo mercado, junto a los más tradicionales préstamos notariales en forma de obligaciones y censos. La reconstrucción notarial del navarro permite al autor dibujar ambos retratos. En primer lugar, el de un habilidoso comerciante que aprovisiona de carnes a la población de la capital. En segundo lugar, la de un aún más astuto tesorero de Órdenes. El hilo conductor entre ambos es la Casa, es decir, el entramado familiar y mercantil que permite al sujeto un desdoblamiento efectivo en ambas facetas, pues el nervio monetario provendrá siempre de la continuidad en el negocio de la carne a través de testaferros de la casa.

La estructuración que dio Haedo a su casa de negocios no es particularmente compleja y original, aunque, tal y como el autor recalca en varios puntos, tuvo la capacidad de cubrir un aspecto clave: la personalidad del propio banquero en los contratos. El debate en torno a la figura de los testaferros en los negocios hispánicos de época moderna tiene su cénit en el negocio americano, pero también muestra un importante sentido en la esfera política de la corte, tal y como presenta Francisco Andújar. Más relevante es que quizás deberíamos reflexionar sobre la connotación del testaferro de Antiguo Régimen. El caso estudiado apunta hacia algo más parecido a «testa-socios», es decir, personajes secundarios que llevan un pequeño beneficio, pero que son parte activa. Por otro lado, si bien efectivas, las relaciones familiares del banquero parecen mucho más reducidas que las del modelo presentado por los judeoconversos portugueses, que apenas unas décadas antes ponen en funcionamiento telarañas interminables de dependientes-parientes en media Europa y América. El modelo del navarro podría parecer a algunos más «moderno», la parentela es sustituida por una amplia –y costosa– estructura de asalariados y agentes en provincias. En el ámbito de la familia, la asociación con sus hermanos –Francisco y Diego– no es precisamente exitosa, ni larga en el tiempo, en lo que podríamos tener un primer elemento a considerar para la suerte del negocio en la sucesión. Haedo queda reducido a un grupo pequeño de fieles colaboradores –Domingo Sumiano, Juan de los Heros, Pedro Aguirre Undona y José Serrano– que aparecen en todos los negocios. En este modelo destaca el papel del notario asalariado (primero Antonio Casas, luego Francisco Lázaro Mayoral), pilar de confianza que escritura todos los negocios.

La historia del banquero toca en su recta final con dos escollos que fueron comunes a muchos de sus contemporáneos: la represión del austracismo y la sucesión de su casa. El Juan Prieto de Haedo que nos presenta Francisco

Andújar no es un austracista al uso, sino que es un prestamista de austracistas y un pragmático que no abandonó sus negocios de asiento bajo el periodo en el cual la capital estuvo en manos del Archiduque Carlos. Estos dos elementos fueron argumentos suficientes para sus detractores, pero el banquero pudo superar los procesos judiciales en los que tuvo que defenderse. Este rasgo, unido a su capacidad para reponerse del Motín de los Gatos y la caída de Oropesa, nos muestra a un superviviente que quizás era percibido por la gran política más como un *Shylock* madrileño, que como un peligro. Finalmente, la política matrimonial del banquero consiste en un doble matrimonio con el marquesado de Gállegos de Huebra, una casa salmantina de la nueva nobleza. El propio banquero se casaría con una hija del marqués, mientras la hija del banquero haría lo propio con el varón sucesor al título. La cuestión se complicaría a la muerte de Haedo en tres frentes en conflicto por la poderosa suma acumulada de 23,5 millones de reales de vellón: las hijas del primer matrimonio, la viuda del banquero, ahora casada con el marqués de Tolosa –ministro de Guerra y Marina de Felipe V–, y el matrimonio de los nuevos marqueses de Gállegos de Huebra. Como triste corolario, la primera gran operación en la que se embarca el capital del banquero tras la muerte de su titular, supondrá el final fulminante de la casa. De una manera casi versallesca, la operación de asiento de víveres que diseña en 1720 el marqués de Tolosa con la casa de Gállegos, por importe de 25 millones, resulta torpedeada por sus competidores– la casa del marqués de Valdeolmos– y el propio marqués de Campoflorido.

A manera de balance, como los que realizaba Juan Prieto en 1705 y 1719 de su propia fortuna, podemos decir que estamos ante una obra poliédrica que a través de un prisma individual ilumina de manera parcial, espacios y debates de diversas escalas. La narrativa de Francisco Andújar nos invita a intentar dibujar el perfil de un banquero barroco, que navega con pericia en una cronología convulsa y que, en algunas escenas, muestra un rostro tradicional: abastecedor de carnes y arrendador de impuestos; mientras en otras aparece como la cabeza de una moderna oficina bancaria involucrada en el «descuento» de efectos de la Villa.